

Conocer a Dios en María

Conocer a Dios por la fe

En el libro de Isaías encontramos una promesa magnífica: “El lobo y el cordero serán vecinos, la pantera se echará con el cabrito [...] Nadie hará daño, no habrá mal ni violencia en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento del Señor, como cubren las aguas el mar”¹. Es una promesa de conocimiento de Dios, que será también una transformación del corazón del hombre, una sanación del mal y de la violencia.

Conocer a Dios al experimentar su misericordia

Debemos desear con todo nuestro ser este conocimiento de Dios, que quiere revelarse a nosotros. No un Dios fruto de nuestras proyecciones psicológicas, sino un *Dios vivo y verdadero*. En el libro de Job encontramos esta frase: “Yo te conocía de oídas, imas ahora te han visto mis ojos!”² Todos nosotros podemos ver a Dios, descubrir su verdadero rostro. Y esto no necesariamente por medio de éxtasis y de visiones, sino de manera más humilde pero más segura, a través del conocimiento en la fe.

La Escritura dice que nadie puede ver a Dios; no lo veremos cara a cara hasta la otra vida. Podemos, sin embargo, desde aquí abajo, hacer una verdadera experiencia de Él y conocerlo. En el capítulo 31 del libro de Jeremías se encuentra otro texto maravilloso sobre este tema:

Esta es la alianza que consumaré con la casa de Israel al final de los días, oráculo del Señor: Yo pondré mi Ley en el fondo de su ser y la escribiré en su corazón. Entonces yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo [...] No tendrá que instruir el uno al otro diciendo: “¡Conozcan al Señor!” Porque todos me conocerán, desde los más pequeños hasta los más grandes, oráculo del Señor, porque yo perdonaré su crimen y no me acordaré más de su pecado.

Este pasaje anuncia para todos un conocimiento de Dios, que estará íntimamente ligado a la revelación de su misericordia. *El conocimiento de Dios*

¹ Is 11,9.

² Job 42,5.

más profundo que podemos tener en esta vida pasa por la experiencia de la misericordia divina, del perdón divino. Esta promesa de la Escritura es para nosotros, especialmente en los tiempos actuales.

Dios prometió revelarse

Dios mismo nos da esta seguridad: todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande. Y yo diría incluso: ¡sobre todo los más pequeños! El evangelio de Lucas cuenta que Jesús saltó de gozo en el Espíritu y dijo:

Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido esto a los sabios e inteligentes y lo has revelado a los más pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido dado por el Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino al Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar³.

A través del Hijo se nos revela el Padre. Dios quiere mostrar su rostro a los hombres. Lo hemos deformado tanto, ¡hemos difamado tanto a Dios! Es el drama del ateísmo: tiramos a Dios a la basura, acusándolo de ser un enemigo del hombre, un obstáculo para su libertad y realización personal, un Dios que agobia, etc. Hoy más que nunca Dios quiere revelarse a nuestros corazones de manera simple, dulce, en la *oscuridad de la fe*, y al mismo tiempo de manera muy profunda, de modo que cada uno de nosotros pueda acceder a un conocimiento auténtico de su verdadero rostro.

Dios se revela a los pequeños

San Juan de la Cruz decía en el siglo XVI: “El Señor siempre ha descubier-to a los mortales los tesoros de su sabiduría y de su espíritu, cuánto más los descubrirá ahora que la maldad se hace ver también más y más”. ¡Lo que diría si viviera hoy! Dios quiere revelarse más que nunca a todos los pequeños y a los pobres, que somos nosotros.

Uno de los caminos secretos, pero privilegiados, de esta revelación es el misterio de la Virgen María. Es muy bello constatar cómo María está presente hoy en la vida del mundo, para hacer volver el corazón del hombre a Dios, sobre todo educándolo en la oración. Si nos confiamos a ella, si nos dejamos conducir por ella, ella nos lleva a un verdadero conocimiento de Dios, porque nos hace entrar en la profundidad de la oración. Es ahí donde Dios se revela, donde muestra su rostro de Padre.

³ Lc 10,21-22

María nos comparte el tesoro de su fe

Hace poco hablaba con algunas personas sobre ciertos videntes a los que María se aparece para educarlos personalmente. Y estas otras personas me decían: “¡qué suerte tienen los videntes!” Ciertamente, pero creo que María hace lo mismo por todos los que se lo piden, en lo invisible. Si nos ponemos totalmente entre sus manos, ella nos educa y nos comunica un verdadero conocimiento de Dios. La pequeña Teresita, en su poema sobre la Virgen “Por qué te amo, María”, hace una afirmación muy bella: “El tesoro de la madre pertenece también al hijo”. María nos comparte lo más precioso que ella tiene: su fe.

Hay un bello pasaje en *El Secreto de María* de Louis-Marie Grignon de Montfort que dice que Dios está presente en todas partes, que podemos encontrarlo en todas partes, pero que en María Él se hace particularmente presente para los pequeños y los pobres.

No hay ningún lugar en el que la creatura pueda encontrar a Dios más cerca y más proporcionado a su debilidad que en María, pues es para esto para lo que Él descendió. En todos los demás lugares, él es el Pan de los fuertes y de los ángeles; pero en María, él es el pan de los niños...

En María...

En María, Dios se hace alimento para los más pequeños. En ella encontramos a Dios en su grandeza y majestad, en su poder y su sabiduría que nos sobrepasan completamente; pero al mismo tiempo encontramos a un Dios accesible, que no aplasta, que no destruye, sino que se entrega para ser nuestra vida.

Cuando beatificaron a los pastorcitos de Fátima, Francisco y Jacinta, el 13 de mayo del 2000, el Papa Juan Pablo II dio una homilía muy bonita. Comentaba el evangelio que cité anteriormente: lo que Dios ha escondido a los sabios y eruditos, lo ha revelado a los más pequeños, como estos niños de Fátima. El Santo Padre evoca una experiencia que vivieron durante una de las apariciones de la Virgen:

Según el designio divino, “una mujer vestida de sol” (Ap 12,1) vino del Cielo a esta tierra, buscando a los pequeñitos preferidos del Padre. Ella les habla con una voz y un corazón de madre: les invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose presta para conducirlos -de manera segura- hasta Dios. Y entonces estos niños ven salir de sus manos maternas una luz que penetra en ellos, tanto que se sienten sumergidos en Dios como cuando una persona -explican ellos mismos- se mira en un espejo.

La experiencia de Fátima

El pequeño Francisco, cuando hablaba más tarde de esta experiencia, decía: “Nos quemábamos en esta luz que es Dios y no nos consumíamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Eso es seguro, jamás se podrá decir...”. Estaban sumergidos en el fuego del Amor divino, no en un fuego que destruye, sino que ilumina, que calienta, un fuego lleno de ardor y de vida. El Papa hace después una comparación con la experiencia de Moisés y la zarza ardiente:

Fue la misma percepción que tuvo Moisés, cuando vio a Dios en la zarza ardiente; en esta ocasión, Dios le habló, habló sobre su inquietud por la esclavitud de su pueblo y su decisión de liberarlo usándolo como intermediario: “Yo estaré contigo”. Aquellos que acogen esta presencia se convierten en morada y, en consecuencia, en la “zarza ardiente” del Altísimo.

Es muy conmovedor ver cómo estos niños pequeños de Fátima vivieron, a fin de cuentas, algo análogo a este gran personaje de la historia santa, mientras que ignoraban tantas cosas. Por María, ellos entraron en una experiencia muy profunda del Dios vivo.

No debemos tener celos. Quizás no viviremos las mismas cosas en el plano sensible, pero, en el plano de la fe, todos podemos acceder a las mismas realidades y conocer a Dios, tanto los más pequeños como los más grandes, para convertirnos así en “zarzas ardientes del Altísimo” y compartir la compasión de Dios que quiere liberar a su pueblo.

Ecclesia*

*Editorial preparado por el P. Jacques Philippe, miembro de la Comunidad de las Beatitudes